



Jesús muere en la cruz...

...y se estremece la carne del mundo que, cínica, creía poder volver el rostro autoprotigiéndose. La piel endurecida siente el tacto del amor ausente y se conmueve sin saber dónde llorar. De nuevo

las tinieblas se adueñan de lo que no es suyo. El cuerpo muerto de Jesús espera, en un instante de agonía infinita de su alma, que la nada no sea nada al otro lado, en el lado de quien no olvida *al hijo de sus entrañas*. El mundo, sin saberlo, espera en Jesús la resurrección del amor.

Jesús es bajado de la cruz y puesto en



manos de su madre...

...como en un espejo creatural que dibuja la escena celeste. El regazo eterno de un amor que nunca cede a la distancia, el regazo de la piedad que sobresalta la muerte empujándola con la fuerza de la

vida eterna. El Padre expira vida para que nadie desespere y la humanidad cobra aliento para no desesperar en medio del dolor, y Jesús comienza a abrir sus ojos en los ojos muertos de su cuerpo que nos invitan a esperar con él.



Jesús es sepultado

...porque los hombres quieren recordar a Dios que, a pesar de sus pecados, debe terminar *la obra de sus manos*. Y cuando no tienen argumentos susurran desde sus tumbas: *Por el honor de tu nombre...* Suplica el

hombre, incluso sabiendo que es él quien ha echado a perder la vida. Las mujeres van al sepulcro y, en nombre de todos, piden el perdón y la vida nueva que no saben dar a luz, y entrevén que no hay nada, que el sepulcro no es más que el abismo oscuro donde se abre la *tiniebla luminosa* del seno de Dios.

EPÍLOGO

Aquellos hombres, a los que había amado, le habían seguido desde el principio envueltos en alegría y dudas, en pasión de vida y miedo mortal, en amor y traición... Y cuando llegaron y entraron en la noche de su ser *vieron y creyeron*. Desde entonces proclaman: *No hay bajo el cielo otro nombre por el que podamos salvarnos más que el nombre de Jesús* (Hch 4, 12).

VIACRUCIS'2017.

(Imágenes de Carol A. Pennington)

PRÓLOGO

Le pondrás por nombre Jesús porque salvará a los hombres de sus pecados (Mt 1, 21).

En aquel tiempo Jesús eligió a algunos para caminar a su lado y ser testigos de su vida. Los encontró enmarañados en sus propias redes y apenas eran capaces de desenredarse para subir con él a Jerusalén.

Jesús es condenado a muerte...



...al nacer, sin posibilidad de escapar. La superficie del mundo, contaminada, no deja nacer la vida saludable, la condena a muerte. Semilla tras semilla o mueren o se alzan como espigas envenenadas que envenenan.

La vida ha sido condenada a morir por falta de amor o por exceso de odio. Jesús nace y al respirar el mundo comienza a sentir el aliento nauseabundo del enemigo.

Jesús carga con la cruz...



...al acoger nuestra carne, al someterse a nuestra historia. Porque nos hemos vuelto una carga los unos para los otros, porque volvimos la vida contra sí y quien la acoge no puede menos que sufrirla sufriendonos. Dolorido, en

medio de un parto que amenaza aborto, carga con la cruz. Con amor humilde Jesús carga con la carne imantada de pecado.

Jesús cae por primera vez...



...y no con la ligereza de la semilla lanzada al viento, sino con la atracción mortal de la tierra que entierra para olvidar, de la mano que agarra y desgarrar porque quiere atrapar y poseer. Cae porque la vida tropieza con las

trampas de la codicia que no dejan espacio al vuelo abierto de la vida. Jesús cae pero, incluso herido, vuelve a alzar el vuelo.

Jesús se encuentra con su madre...



...y apenas la reconoce avejentada como está, con sus ojos perdidos en la tristeza de haber engendrado vida para la muerte. Ella, que soñó al despertar a su fecundidad un fruto de eterna dulzura, lo ve atravesado por la espina del desprecio. Y, aunque quiere, apenas puede consolar. Pero Jesús ve a la madre que siempre quiso, inmaculada como hija suya, como hija de un amor que se duele para dar a luz y para siempre la carne nueva de la vida nueva.



El círineo es obligado a ayudar a Jesús...

...pues no le basta al hombre con matar la vida, quiere sacar rendimiento de la muerte, por eso obliga a Simón a ayudar al que va a morir. Debe morir en su momento, no antes, según intereses que ni siquiera se ocultan. Jesús siente extenderse su dolor cuando ya no puede más; se hace uno con esa humanidad vaciada de vida, pero mantenida en la existencia porque es rentable; con esa humanidad esclavizada por redes espinosas de intereses bastardos.



La Verónica enjuga el rostro de Jesús...

...recogiendo en sí la mirada del dolor y guardando la memoria de la injuria como prueba ante el tribunal de Dios, como súplica silenciosa que se une a la huella de sangre de Abel que dibujó en el barro un grito a Dios. Dios ha visto, ha escuchado, ha sentido en su interior el dolor que llama al amor, y convierte a Jesús en su rostro que nos grita.

Jesús cae por segunda vez...



...como quien quiere salvar a un hombre que se ahoga y es arrastrado al fondo porque el otro ya no es capaz de pensar sino solo en sí. Poco a poco se desdibuja su figura, pues la tierra se va pegando a él y lo va deshaciendo como polvo que pierde el aliento de la vida. Jesús imantado por la gravedad del pecado choca contra el suelo, pero se alza con la fuerza de la gracia.

Jesús consuela a las mujeres



Triste vocación la de mujer en esta tierra donde la vida dada se extiende alfombrando la *estepa de huesos secos*. Jesús las entiende, pues de él toda la humanidad tomó el cuerpo y ahora se siente estéril. Y las invita a resistir escuchando el aleteo ingrátido de una promesa de vida en este caos llenos de lágrimas: *Escuchad tinieblas la palabra por cumplir: Que haya luz...*

Jesús cae por tercera vez...



...sintiendo la presión mortal de esta *tierra reseca, agostada, sin agua* que rompe la semilla sin ofrecerle el esponjoso seno de una intimidad que engendre vida. Empieza a agrietarse su corazón y aún no ha entrado en él la lanza, y sabe que habrá de retraerse hasta el extremo para crear fecundidad. Paradoja extrema que Jesús comprende mientras se levanta de nuevo: La semilla debe hacer espacio a la tierra y esponjarla.



Jesús es despojado de sus vestiduras...

...cuando no había nada que ocultar pues había caminado con el corazón desnudo, expuesto sin doblez. Pero los hombres, exigiendo una transparencia que hiere a los demás, ya solo saben ir vestidos, escondidos. No saben los hombres sino vestir de soldados pues, como Caín, se sienten vulnerables incluso ante quien se desnuda ante ellos para ofrecerles amor. Y violentan la desnudez que puede salvarles. Jesús calla.

Jesús es clavado en la cruz...



...en el último intento de dominar la muerte, de expulsarla de la propia vida. Se crucifica al otro para serenar el corazón que tiembla ante su muerte. Nadie parece ver que cada golpe del martillo para atar la muerte a los demás atraviesa la propia carne atándola más aún al miedo y a la angustia. Vana pretensión mortal la de expulsar la muerte a la carne del otro, siente compasivamente Jesús, sin poder evitar que el dolor deforme su rostro.